

## **El Cristianismo en la Cultura**

**Por Jorge Rodríguez Arbeláez**

*(Del ciclo "Conferencias de Cuaresma", promovido por la Universidad Pontificia Bolivariana).*

No es mi propósito aproximar el tema de hoy desde un punto de vista histórico exclusivamente; deseo más bien hacerlo poniendo énfasis en los aspectos actuales y de inmediato futuro en el proceso de desarrollo y expansión de la cultura en cuanto ésta tiene un origen cristiano. No tomando aquella solamente de los aspectos que conciernen a la así llamada alta cultura, o sean las disciplinas intelectuales y artísticas de que se ocupan las elites dentro de cada sociedad, sino más bien de la cultura en la acepción más genérica y amplia del vocablo que comprende, desde las más altas actividades del espíritu, hasta aquellas en que predomina el empleo de las manos sobre el del intelecto. En otras palabras, la cultura considerada en cuanto se extiende por toda esa ancha gama que se inicia en la teología, las humanidades y las ciencias, hasta llegar a los métodos que regulan el adiestramiento en la artesanía y que en nuestra era de la maquinación ha tomado el nombre específico de técnicas.

El pensador inglés Lord Acton, ha dicho que "la religión es la clave de la historia". Lo mismo ha sostenido el inglés Toynbee en su tratado de interpretación de la historia, pues según él, la religión constituye la medula de cada una de las veintiocho civilizaciones que se han producido hasta el presente.

Otra figura contemporánea, el alemán Max Weber, según lo interpreta Alfredo Poviña en su Tratado de "Historia y Lógica de la Sociología", habla ya de variable y de función y así, en la vida real, Weber rechaza la interpretación económica de la historia que se ajusta a la primitiva concepción. Para el materialismo histórico, el fenómeno económico es la causa y los demás fenómenos (epifenómenos) son los efectos. Weber, desalojando esta concepción, lleva a la vida real esa noción de variable y función, y estudia dos grupos de fenómenos sociales: el económico y el religioso. Examina primero las modificaciones

que el hecho económico produce sobre el religioso y después, cambiando los papeles, pone como variable el fenómeno religioso y ve sus efectos en el aspecto económico. Desaparece, pues, la relación unilateral, y tenemos una interdependencia entre los fenómenos sociales.

Pues bien, ninguno de los tres nombrados: Acton, Toynbee y Weber, es un pensador católico, están por cierto muy distante de serlo. El primero un anglicano, el segundo un laicista y el tercero un judío. Sin embargo los tres tienden a desmoronar la idea predominante en las corrientes intelectuales del mundo occidental desde el apareamiento del racionalismo ilustrado en el siglo XVIII. Idea que lleva a pensar en que la religión era un elemento en proceso de obsolescencia dentro de nuestro mundo. Lo anterior se basa en la presunción de que el hombre de occidente había alcanzado un tal grado de madurez cultural que bien podría continuar en marcha la civilización sobre las instituciones que había infundido el cristianismo durante los primeros siglos de la era presente. Así social, política y económicamente ya no sería necesario el influjo cristianizador.

Este divorcio entre obras y fé es sólo secuela de la revuelta protestante. La consideración de la religión como una simple creencia de nuestro fuero interno que encontraba su lindero natural dentro de la conciencia íntima de cada individuo a través de su experiencia personal, es justamente lo que propició la emergencia de toda suerte de teorías acerca de la predominación de un elemento ajeno al religioso, que hiciera de fuerza motriz en la conformación de la sociedad y el avance de la cultura. Así, surge la idea de que la geografía, o sea los factores ecológicos —de clima y medio ambiente— tienen una influencia determinante. De este modo, repunta la tesis de que a la sociedad en su fase dinámica se le pueden transpolar las leyes de la física, o de la biología, o los principios de la psicología. O también, como en Freud, con quien puede considerarse la sexología, la sociología y la psicología casi como nociones sinónimas. Así siguiendo el mismo derrotero, es como aparece la ya referida concepción marxista que afirma el mérito protuberante de las relaciones de producción en la predeterminación de la cultura.

Todas estas, por así decirlo, contribuciones a las ciencias sociales, pretenden hacerse y se hacen a mi juicio, sobre la aceptación de dos postulados que adquieren la fuerza de dogma, dentro de los medios humanísticos e investigativos de Europa y América. La primera se refiere a la historia y consiste en la condenación a priori de la Edad Media como la de un período obscurantista y retardatario del advenimiento del progreso, cuyo aporte a la cultura no tiene significación alguna.

La segunda se refiere a la metodología, y es la presunción cómoda de que mientras se investiga, bien puede Dios y todo lo que a El atañe, colocarse como si dijéramos entre paréntesis, ya que dentro del plano de la observación nada tiene que hacer lo trascendente.

No se podrá presumir sin embargo que el haber optado estas posiciones hubiera sido fruto de un acto de la deliberación y por ende producto de una manifiesta mala fé. No. Seguramente en las conciencias de los historiadores y científicos de débil formación religiosa, obró una como a modo de infatuación obnubilante originada en el es-

plendor que producen los espectáculos de crecimiento y adelanto material. Así pensaron desde un comienzo, en que realmente habían acertado y logrado realizar dentro de un nuevo enfoque a la vida, el laicista, lo que la humanidad en los mil años anteriores nunca pudo conseguir.

Veamos en su orden aquellos postulados. El movimiento racionalista se presenta aborreciendo de la Edad Media y desprestigiando totalmente todo lo que ella simboliza. Pretende pues, como reacción, hacer tabla rasa del pasado, menospreciándolo hasta el extremo de no considerar como aportes a la civilización ninguno de los logros conseguidos por los hombres de pensamiento que crearon, descubrieron o conceptualizaron durante este período. A este respecto es interesante escuchar lo que dice Christopher Dawson. Este sí católico, sociólogo e historiador inglés, en su libro "La religión y el origen de la cultura occidental", sostiene lo siguiente: "Los historiadores de la antigua escuela del racionalismo "ilustrado" descartaban los mil años de historia medieval como una época de oscurantismo intelectual y estancamiento social —un andar sin rumbo por las zonas salvajes entre el viejo mundo de la cultura clásica y la Tierra Prometida de la Ilustración y la Libertad modernas. Pero gracias al trabajo desinteresado de los historiadores de los últimos ciento cincuenta años, hemos llegado ahora a comprender que esos siglos fueron épocas de una actividad social y espiritual intensa y a menudo de violentos conflictos y cambios revolucionarios. Desde Casiodoro y Beda hasta Erasmo y Copérnico, la tradición del pensamiento nunca se interrumpió completamente; por eso podemos seguir el desarrollo continuo de la cultura sin ningún corte desde la caída del Imperio romano de occidente hasta la época del Renacimiento.

"Indudablemente es fácil ver cómo nació la noción humanística o racionalista de "Edad oscura". Desde el punto de vista económico, la Edad Media fue en verdad una época de retroceso y estancamiento; hubo largos períodos en que la actividad comercial estuvo en reposo y la vida urbana casi desapareció.

"Desde el punto de vista político fueron tiempos en que el Estado se redujo casi hasta el extremo de desvanecerse, y la tradición clásica de la ciudadanía y del derecho público parecía extinguida. Aún desde el punto de vista intelectual, las conquistas científicas de la antigüedad permanecieron olvidadas durante siglos y el nivel de la cultura literaria fue a menudo rudimentario. Pero, a pesar de todo, la cultura occidental observó una energía espiritual que no dependió del poder político o de la prosperidad económica. Inclusive en los más oscuros períodos de la Edad Media este principio dinámico continuó obrando". Y más adelante agrega: "Luego es natural que la Edad oscura de la historia, el momento de la quiebra y de la impotencia humanas fuera también el momento en que el poder de la eternidad se manifestara. Inevitablemente estas épocas de muerte y nacimiento de culturas son las más desprovistas de luz de la historia. Pero cuando somos capaces en cierto grado de penetrar la oscuridad, como en el caso de los orígenes de nuestra propia cultura, es posible ver algo del proceso creativo mientras obra en las profundidades de la conciencia social; y por

más incompleto que sea este conocimiento, tiene mucho valor para el estudioso de la religión y el estudioso de la cultura”.

Es así, que sin tratar de ocultar el que una aproximación excesivamente contemplativa llevara el hombre en la Edad Media a caer en el marasmo de una vida pasivista, no podríamos sin embargo obrando con un criterio de justeza e imparcialidad, negarle, por otro lado, a este período histórico su gran importancia en la gestación de nuestra cultura. Ella pervive como una lección acumulada por la humanidad, de la exaltación (quizá y en esto estuvo su falla, sobre-exaltación) de lo sagrado que hay en el hombre y en la sociedad por la dignidad que dimana del hecho cierto de ser criaturas de Dios, hechas a su imagen y semejanza. Esta concepción de un mundo sacro tan corriente dentro de las civilizaciones bizantinas y del oriente, no obstante tuvo en la Edad Media una modalidad que la diferencia claramente de aquellas. Salvo en el caso del imperio Carolingio, en que fueron patentes las miras de crear un orden absorbente, unitario y sagrado, en toda la historia de Europa occidental no se ve un intento de regular hasta lo extremo todos los detalles de la vida del pensamiento, incluso el método y las reglas que presidían las costumbres, valiéndose de decretos que se hicieran cumplir bajo la rigurosa inspección de una monarquía teocrática.

La misma Iglesia que siempre suplió un principio eficiente de unidad social, no constituyó una auténtica teocracia de tipo oriental, pues aún todas las manifestaciones de intromisión de la jerarquía eclesiástica dentro del orden del poder temporal no fueron suficientes para que dejara de prevalecer como doctrina la de la división entre el poder espiritual y el temporal. La doctrina de las dos esferas se mantuvo incólume pese a las graves inconsecuencias que sufriera en el orden práctico de los acontecimientos históricos. Sin embargo esta concepción de la interdependencia entre las cosas de Dios y las cosas del César, evitó el que se produjera con la única excepción anotada, una forma de cultura unitaria bajo el tipo de gobierno teocrático al estilo bizantino u oriental.

Volviendo atrás y en referencia sobre el postulado de la metodología científica, parece que con candorosa intención muchos investigadores se fueron adhiriendo gradualmente a la corriente empirista. Esta no acepta como válido ningún conocimiento fuera de aquel que puede percibirse tangiblemente, o sea que sólo es veraz lo que puede ser observable. Pensaron seguramente que si no optaron por esta postura radical excluyente por sí misma de toda validez de conocimiento originado en la tradición o en la revelación y aun del de tipo metafísico, en la razón, no se conseguiría el cometido propuesto: extraer de la naturaleza o para mejor decirlo del universo, todos los secretos que aún guardaba y guarda de modo entrañable. Descorriendo de este modo el velo de lo ignoto para llegar al conocimiento pleno de la verdad. Pensarían —y piensan quienes así razonan— que el tener dentro del cuadro que enmarca el objeto de su indagación, presente a Dios, o sea, tener en su mente la idea de la presencia Divina estorbaría su esfuerzo pues le introduciría una complicación innecesaria. Sería esta la de tener que contemplar la validez de otras verdades en coexistencia con las del mundo físico.

A este respecto resulta interesante observar la saludable reacción que ya se palpa en el así llamado mundo científico. Arnold Brecht publicó el año pasado su libro de "Political Theory" en que se contienen los fundamentos del pensamiento político del siglo XX y que está considerado como la última palabra en ciencias políticas en los Estados Unidos; dice lo siguiente: "Desde que la presunción de la realidad de Dios, científicamente hablando, no es peor que aquella de un origen no divino del mundo y del hombre; la última sería una mera hipótesis tanto como lo sería la primera, por ello en todo tiempo bien podemos sacar del paréntesis la alternativa de la realidad de Dios en nuestro trabajo científico. Obrar de este modo no implica en sí mismo el abandono del método científico.

"Es científicamente justificable basar la reflexión y la investigación en una asunción o hipótesis dadas. Así nosotros por consiguiente podremos darle a la asunción, a la hipótesis de la realidad de Dios, un puesto científico legítimo en nuestro trabajo académico... Ante todo ello nos ayuda a corregir la confusión causada por la falacia metodológica de igualar a Dios en paréntesis con un Dios eliminado. Ello nos ayuda a restaurar un sentido de honestidad científica, de equilibrio y de profundidad".

Es curioso notar el paralelo que existe entre todas estas cambiantes posiciones, que tratan de uno u otro modo de sobreexaltar lo material sobre los valores del espíritu, y que corren paralelas con el apogeo científico de la época. Cuando estaba en boga Newton, el físico y matemático enunciador de la ley natural, prontamente se delineó en los campos político y social la corriente de pensamiento que se denominó naturalista. Cuando Darwin y Spengler formulaban sus tesis de evolucionismo, el relativismo filosófico y político y social no tardaron en correr parejos con los presupuestos de una noción de mutabilidad constante y progresiva aún en lo esencial de la naturaleza del hombre. Cuando De Gobineau enunciaba su tesis en que ponía de presente la pretendida superioridad de las razas blancas teutónicas sobre las razas de color se robustecían los nacionalismos de los pueblos nórdicos con ideas que convergían a la afirmación de sus nacionalidades, de manera manifiesta o recóndita, fundados en este sentido de superioridad. No es tampoco ocasional sino lógico y consecuente que cuando Feuerbach enunció su filosofía materialista y el materialismo dialéctico continuamente hiciera su aparición, en el campo científico se sostuviera que los únicos componentes del universo eran la materia y la energía para que finalmente la materia se transformase en energía como si ésta última fuera la esencia y la primera la substancia de todo lo cognoscible. Por ende y simultáneamente se negará la creación y finitud del mundo.

Es aquí donde aparece con mayor claridad todo el efecto que el fraccionamiento de la cristiandad y dentro de este el caos y la confusión, sembradas, puestas de relieve en la posterior subdivisión que en diversas denominaciones se fue operando dentro de las sectas troncales del protestantismo. Este fenómeno de pérdida de unidad, de desgobierno espiritual, llevaría al extravío y finalmente conduciría al atomismo a millares de personas dentro del ámbito de nuestra civilización.

Indudablemente hay una causa no por remota menos profunda y cierta. Consiste ella en esa gran transacción que encabezó el puritanismo calvinista entre la materialidad y la espiritualidad. Verbi gracia: la legitimación del enriquecimiento sin tasa ni medida como secuela de la tesis de la predestinación.

La influencia no obstante de la religión en las formas de la cultura en la época moderna y contemporánea no deja un solo momento de ser operante. Todos los intentos de sustituir su influencia primordial con posiciones en las que de cierto modo se deifica un factor material que tiene generalmente inspiración en la ciencia en boga, no alcanza siembargo a vencer la gran ascendencia que continúa conservando el cristianismo en todos los órdenes de la vida civilizada.

Acontece sí, que si en el campo protestante hay una merma gradual en la noción de prevalencia de lo espiritual ello quiere decir que la influencia de la religión de positiva se torna en negativa. Así donde el cristianismo pierde genuinidad y con ello y por ello el materialismo cobra auge, se está en presencia de una relación de reacción y estímulo, ya que si la religión no cumple apropiadamente con su función social de estímulo espiritualizador, mal puede la reacción presentarse como favorable al desenvolvimiento de una cultura no seculariada.

Los últimos desarrollos históricos a que atrás aludimos nos llevan a mirar desde un ángulo más luminoso, como la supremacía de todos los tipos de deificación de valores materiales llámense naturaleza, humanidad, ley, economía, sexo, raza, nación, estado que quieran ser empleados como elementos de cohesión social y por ende como vehículos de la falsa mistificación son débiles y efímeros. Es cierto que se produce un dinamismo que indudablemente provoca la fuerza creadora que está latente dentro de la imaginación humana. Un falso dinamismo espiritual en el que aún se presienten los destellos característicos del transformante dinamismo cristiano.

Así se produce un avance espectacular por lo rauda, en las ciencias y las artes. Cada vez que periódicamente un pensador logra tomar el liderato y encauzar en torno a sus teorías a otros pensadores se observa el cumplimiento de ese fenómeno; hasta que las energías ya murientes de la corriente que encabezara se ven fortalecidas por las aportaciones de otro líder del pensamiento. Cuando Rousseau y su escuela del contrato social declina, Comte surge y asciende, cuando Comte comienza su descenso Hegel invoca una nueva dinámica. Cuando Hegel agota en radicales divisiones su cauda, surge Marx y después Freud y Sartre; es de este modo como sucesivamente se sigue marchando por este camino de la decadencia de occidente. No quiero caer en el error craso de menospreciar las contribuciones que cada uno de los genios del pensamiento universal hacen en los distintos campos del conocimiento. Sinembargo, y por muy importantes que estas hayan sido y siguen siendo, si ellas se inspiran en una filosofía que por tener como centro a la materia, excluye en alternativa a Dios de su centro en la creación, siempre acarrearán el daño inestimable de desorientar y sembrar confusión en los espíritus. Dawson trae otro párrafo en el libro citado, en el que dice: "Ante todo, estamos en una posición mejor para apreciar la función vital de la religión, tanto como principio de

continuidad y conservación que como fuente de nueva vida espiritual. La religión fue entonces el único poder que permaneció intacto en el colapso de la civilización, pues se perdió la fé en las instituciones sociales y las tradiciones culturales, así como la esperanza en la vida. Toda auténtica religión debe poseer esta cualidad, pues la religión por su esencia tiene que relacionar al hombre con las realidades trascendentes y eternas”.

Vuelvo, para continuar al anunciado de mi propósito, el cual deseo concretar, hacia la eminente necesidad en que se encuentra la cultura occidental de reaccionar en su camino de decadencia y así de tomar nuevamente la curva ascendente que la conduzca hacia una meta superior a todas las etapas históricas pasadas. Cómo podría lograrse? A mi modo de ver sólo escaparía la ley de gravedad, buscando el alcanzar en su conjunto una nueva concepción teocéntrica de la vida. Huyendo así del hilocentrismo que coloca como lo he dicho atrás a la materia en el puesto de Dios o para decirlo con mayor precisión, aunque sin agregar de suyo nada al concepto, en el puesto de Cristo después de la Encarnación. Es este hilocentrismo el que tiene su buena participación en haber llevado nuestra cultura a engendrar de su seno la concepción apocalíptica del comunismo ateo. Ya que esto no tiene base ni mérito mayor que el de ser integración de todos los valores materiales, —como sobrepuestos a los del espíritu—, en un solo cuerpo de doctrina. Repito, ello sólo se puede eludir en sus consecuencias, situándonos en una nítida posición Cristocéntrica.

Esta es la meta: centrar a Cristo y a su Iglesia en nuestras vidas, rechazando todos los sucedáneos y suplantaciones que aunque puedan resultar muy provocativos al intelecto, nos llevan a situarnos casi por fatalidad en la posición opuesta en el transcurso del tiempo. Esto significaría una renovación del cristianismo (¿sería para ello necesario complemento realizar el ideal ecuménico?) consistente en llevar cada uno consigo a Cristo de manera que trascienda no solo el plano de las creencias y sentimientos sino también el de los conocimientos y prácticas. Se conseguiría así lo que es otra cosa que el reconocimiento universal de su reinado. Lo lograrían por tanto quienes no solamente se confiesan cristianos, sino también quienes sientan, piensan y obren como tales. En una palabra la meta es la de restablecer como primer paso la catolicidad de la verdad; lo cual nos llevaría sin duda a un renacimiento jamás visto de la cultura.

Cuál sería el papel que podría desempeñar nuestro continente ibero-indo-negro? Como parte integrante de la misma civilización y cultura occidental, tengo para mí que será tan elevada su función, como grande es el reto que el paisaje en su nítido sentido sociológico, le ha impuesto al hombre de esta región del globo. Si el hombre de esta América austral es capaz de superarlo, si nosotros buscamos esta superación empeñando nuestras voluntades en la formación de una cultura auténtica y si ello conlleva la creación y desarrollo de una institucionalidad propia, estaremos en camino de procurar el que ese renacimiento tenga como sede y escenario a nuestra América. De lo contrario me parece que estaremos mucho más cerca de configurar en nosotros el pronóstico de Arnold Toynbee sobre las civilizaciones que son

inferiores al reto o sea las que por ello mismo, no pasan de ser una civilización abortiva.

No puede pues olvidarse que para que surja un dinamismo vigoroso, durable y no efímero, cierto y no equívoco, necesitamos primeramente pensar en el revivimiento religioso. El, y dados los orígenes de nuestra aún incipiente cultura, no puede guiarse ya más sino por los cauces del catolicismo, so pena de que de no hacerlo pierda de suyo su autenticidad.

Este renovarse en Cristo traería además de los fines sobrenaturales el de la realización de un nuevo humanismo en los ámbitos debidamente autónomos de las actividades culturales. También y de paso ello nos conduciría a sacudir lo que ya se ha vuelto una inveterada manía, el yugo que nos hemos impuesto de imitar a las culturas foráneas y especialmente de aquella nación que ha estado en turno histórico en el liderazgo del poder mundial. Sería en mi parecer la única manera de superar la etapa de colonia cultural, emancipándonos por consiguiente hasta donde es posible, política y económicamente.

Es pues un movimiento que debe iniciarse por la catequesis del hombre latino americano con frecuencia tan cerca de nombre y tan distante de hecho de la fé que dice profesar. Bien podría llamarse un movimiento por la reconversión del mundo latinoamericano al cristianismo. Y luego, y simultáneamente una etapa de investigación con miras al conocimiento mejor de nosotros mismos o sea realizar el anhelado encuentro del hombre americano consigo mismo y con su medio, del habitante con el habitat. Y de ahí en etapas sucesivas tratar de adecuar nuestra institución a formas que sean consecuentes con las realidades que se desprenden de las verdades de fe y de las de medio ambiente. Pongo un ejemplo, la adopción de formas culturales de corporeidad. Se pretendería con ello evitar que se consuma la persona hasta el grado de perder el principio de su individualización y por ende ver amilanada su dignidad, preservado eso sí, un sentido claro de lo social, de lo comunitario o sea del lazo místico que sitúa en comunión todos los miembros de un mismo cuerpo cuya cabeza es Cristo. Estas formas culturales de corporeidad representarían una simbiosis lograda como lo he dicho entre el hombre y su medio. Entre los elementos espirituales y éticos y los básicos o materiales que confluyen a conformar su personalidad. Para todo esto necesitaríamos primeramente pensar al realizarlo que las fuerzas naturales, debido a las limitaciones e imperfecciones nuestras, son insuficientes, que por lo tanto debemos contar con el auxilio imprescindible de la gracia, aceptado y buscado. Tendríamos que asumir también una actitud humilde que contrarrestara con la oculta o manifiesta soberbia del humanista o científico laicista. Esta es la que se desprende del saber que el hombre es solo creador en una segunda instancia, que el único creador primario es Dios y por tanto los avances en el orden de los descubrimientos o invenciones se consiguen solo a través de la luz que el Supremo Hacedor quiera en un momento dado enviar sobre nuestro entendimiento. En otras palabras, reconocer que obra la Providencia y no meramente el chance.



Mi propósito hoy es el formular una invitación a los católicos de Colombia para que sin óbice en la lealtad debida a sus correspondientes circunscripciones eclesiásticas o a sus denominaciones políticas o a su estado, o en fin a su situación peculiar, inicien un movimiento conjunto de culturización. Es mi parecer que desde esta comarca de la América Latina, Antioquia, que ha demostrado poseer firmes trazos espiritualistas en cuya tendencia expansiva se ha reflejado una fuerza de comunicación propia de los pueblos mesiánicos, sea posible darle a este cometido un primer impulso. Así bajo una égida integradora perseguir la formación de apóstoles en todos los órdenes del conocimiento. Apóstoles teólogos, filósofos y científicos; apóstoles estadistas, poetas y artistas, profesionales y técnicos; apóstoles emprendedores y administradores, políticos y economistas, escritores y oradores. Si así se lograra podríamos pensar en que la índole católica, apostólica y romana de nuestro cristianismo penetrara por todos los resquicios del saber humano y se fundiera con la cultura en todas sus manifestaciones.

Me parece que ya es tiempo de comenzar. A quienes pueda suscitarles temor de que un movimiento de tal naturaleza ortodoxo, constituye un peligro de retroceso a la Edad Media y por ende entrañe el regreso a un supuesto predominio de la jerarquía y del clero en lo temporal, se le contesta que la orientación y logros obtenidos en la promoción de un apostolado laico, además de suplir la insuficiencia de número en el clero en cuanto a la catequesis se refiere, llena la deficiencia de cristianismo en los ambientes políticos, sociales y económicos, haciendo innecesaria la indebida prolongación de la misión sacerdotal. Y a quienes teman que la secularización de la Iglesia pueda llegar más bien por un exceso de ingerencia del laicado en lo espiritual se les responde que la completa obediencia y sumisión a la jerarquía a que están obligados los laicos en cuanto concierne al gobierno y dirección de sus almas será el más seguro detergente en esta nociva dirección.

La renovación a que he venido refiriéndome tendrá que venir de dentro hacia afuera y en esto consiste la diferencia con las corrientes laicistas. Mientras aquellas proponen una solución primordial de caparazón, la cristiana aboga por una solución primordial de núcleo. O sea que en la realización social de ciertos tipos ideales político-económicos-jurídicos, dicen los primeros, se encuentra el arreglo de los problemas que conllevan el pasar exclusivamente terrenal. No obstante es tan fuerte el acendro religioso en lo humano (al extremo de que más parece este una prueba de la existencia de un orden sobrenatural que su anhelo por el mismo) que no aparecen como suficientes las soluciones propuestas en un solo sentido. Se hace necesario intentar simultáneamente las dos direcciones; mas cualquier movimiento de la sociedad, siempre tendrá que invocarse haciendo énfasis en el mejoramiento de cada una de las personas. No se puede pensar siquiera que la ausencia de la miseria física y de la ignorancia intelectual, puede bastar para conseguir el bienestar social. La miseria moral y la ignorancia religiosa como males robustecidos, seguirán nutriendo constantemente el malestar de la comunidad. Sólo la ausencia, así sea relativa en el hombre, del pecado o para expresarlo en manera positiva el acrecen-

tamiento en el hombre de las virtudes sobrenaturales y cardinales, por medio del empleo de su voluntad libre con el auxilio irremplazable de la gracia santificante, podrá poner la humanidad en un camino que lleve hacia una meta de progreso y bienestar social.

Es pues primordial el bregar por superarse interiormente. Quienes lo han logrado han conseguido conquistar beatitud sin beatería, fervor sin fanatismo, reciedumbre sin violencia, corrección sin fariseísmo, piedad sin practiconería y eficiencia sin laicismo. En una palabra han alcanzado un grado superior de libertad espiritual. Lo anterior concierne tanto a las personas en su fase individual como en su fase comunitaria. La sociedad, pues, será libre cuando lo sean sus componentes. Las demás soluciones vendrán por añadidura. El criterio de justicia y de caridad individual y social en fuertes y débiles, en ricos y pobres ayudará al encuentro de las fórmulas más indicadas para la buena marcha en sus órbitas interdependientes de la política y de la economía. Podría esperarse entonces aun más equitativa distribución del poder y de la riqueza y un erradicamiento definitivo de la miseria y de la ignorancia. Este es en mi parecer lo que podría acercarnos al tipo de revolución pacífica congruente con el mensaje del Evangelio. Y cabe bien advertir congruente y no imanente al Evangelio mismo. La Redención tuvo una más elevada finalidad como es la de salvación del hombre, la vida eterna. El premio de la bienaventuranza para el justo y humilde de corazón o el castigo para el irredento.

Trasciende nuestra existencia terrena y por ello está por encima de todas nuestras vivencias; el evangelio no contiene propiamente un código de conducta. (Como sí lo contiene el Corán). Así como tampoco un tratado sociológico, político o económico. De ahí que solo podemos ser consecuentes en nuestros móviles y comportamiento con lo que de su mensaje se desprende. Para ello tendríamos en primer término el auxilio invaluable de las encíclicas, los documentos pontificios y las cartas pastorales, tesoros vivos de la sabiduría humana. Y también tendremos como fuente autorizada los logros de investigación y pensamiento de teólogos, filósofos, científicos sociales y políticos y de economistas. Es pues conveniente no confundir una y otra cosa; creo y sostengo que del Evangelio pueden y deben desprenderse formas culturales, fórmulas e instituciones sociales —como siempre, en mayor o en menor grado ha sucedido—, que se amolden a las circunstancias de tiempo y lugar. Pero para que estas formas e instituciones vivan en el hombre y en la sociedad en congruencia con la palabra de Dios, sería presupuesto necesario que plasmara la idealidad cristiana más prístina, como es la de poseer una fe viva, una esperanza recia y una caridad cierta.